

Cuentos

Por las escaleras

Ana Reyes



Los alebrijes

Edgar Mauricio Peña

Montalvo



¡Mira arriba..!
Lo que buscas
está en el cielo

María Enriqueta Arauz Gallegos





INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero presidente: ISIDRO H. CISNEROS RAMÍREZ
Consejeros electorales: GUSTAVO ANZALDO HERNÁNDEZ
FERNANDO JOSÉ DÍAZ NARANJO
ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ
CARLA A. HUMPHREY JORDAN
YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ
NÉSTOR VARGAS SOLANO

Secretario ejecutivo: OLIVERIO JUÁREZ GONZÁLEZ

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: OBDULIO ÁVILA MAYO
Suplente: JUAN PABLO SAAVEDRA OLEA

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ
Suplente: GUSTAVO GONZÁLEZ ORTEGA

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ REYES
Suplente: FELIPE PÉREZ ACEVEDO

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente: ADALID MARTÍNEZ GÓMEZ

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietario: ZULY FERIA VALENCIA
Suplente: MISAEEL SÁNCHEZ SÁNCHEZ

CONVERGENCIA

Propietario: ARMANDO LEVY AGUIRRE
Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

NUEVA ALIANZA

Propietario: MAXIMILIANO REYES ZÚÑIGA
Suplente: CARLA ALICIA ARRIETA ROJAS

ALTERNATIVA SOCIALDEMÓCRATA Y CAMPESINA

Propietario: HÉCTOR VÁSQUEZ AGUIRRE
Suplente: SERGIO LUIS AGUAYO NEAVE

7



7° CONCURSO
DE TESIS, ENSAYO Y CUENTO
2 0 0 7

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera electoral YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ

INTEGRANTES

Consejero electoral ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ

Consejero electoral NÉSTOR VARGAS SOLANO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

LAURA REBECA MARTÍNEZ MOYA, directora ejecutiva

Coordinación general: Cecilia Rivadeneyra Pasquel, directora de Difusión y Producción de Materiales

Editor: Valentín Almaraz Moreno, subdirector de Diseño y Producción de Materiales

Diseño y formación: Susana Cabrera, jefa del Departamento de Diseño y Producción

Ilustrador: Gabriel Pacheco

Autores: Ana Reyes, Edgar Mauricio Peña Montalvo y María Enriqueta Arauz Gallegos

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

1ra. edición, noviembre de 2007

ISBN: 978-970-786-045-2

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7582-89-2

Cuentos



Por las escaleras

Ana Reyes

Los alebrijes

Edgar Mauricio Peña

Montalvo

¡Mira arriba..!
Lo que buscas
está en el cielo

María Enriqueta Arauz Gallegos

Por
las
escaleras.....9

Los
alebrijes.....29

¡Mira arriba..!
lo que buscas está en
el cielo.....45

Por
las
escaleras

Ana Reyes



Esa mañana Martín se quedaba con el abuelo porque era día de elecciones. No sabía mucho sobre eso pero seguro era de lo más aburrido porque todos hablaban de ello con desgano, en especial su padre, a quien le tocaba contar los votos de la gente. Eso sí que debía ser un fastidio porque había inventado excusa tras excusa para no ir, hasta que su madre lo convenció de que era su deber. Al final se resignó y lo llevaron a él a la casa grande.

Y a Martín le encantaba ir ahí porque su abuelo había tenido una vida increíble. Había sido explorador, buzo, detective, paleontólogo, inventor, maestro, escritor y astronauta. Sabía la respuesta a cualquier pregunta y la explicación a cualquier asunto porque ya todo lo había vivido. En realidad, eran tantas las cosas que le habían pasado que Martín comenzaba a pensar que muchas de ellas las inventaba al momento. Pero cuando le preguntaba si todo era cierto, él sólo le mostraba una sonrisa traviesa, le tomaba las manos con las suyas suavitas, suavitas, como de seda, y le preguntaba: “¿Tú qué crees pequeño?” Y al niño se le derretían las dudas, le nacía una nueva sonrisa y le rogaba que le explicara una vez más cómo se había inventado la linterna de pilas, el auto de carreras o el telescopio.

Y ahí estaba ahora, sentado en el sillón mirando por la ventana mientras el abuelo leía sus viejos libros.

—Yo creo que eso de las elecciones no sirve para nada —dijo Martín con aire de estar muy bien informado.

—¿Y por qué piensas eso? —le respondió el abuelo.

—Se lo dijo mi tío Perico a mi papá, es nada más un engaño para la gente, porque al final hacen lo que quieren. Por eso él no vota, ni mi tía ni mis primos y cuando yo sea grande, tampoco voy a votar.

—Me parece muy bien hijo —dijo el abuelo—



después de todo, lo mejor es que otros decidan quién va a gobernarlos y cómo lo va a hacer, así como cuando yo era chico, allá en San Martín...

—¿Martín como yo?

—Sí, pero allá se llamaba San Martín de los Azulejos, donde vivía mi abuela hace muchos, muchos años...

—Y, ¿cómo era eso?, ¿por qué había otros que decidían?

—Porque así había sido siempre. Los Morón habían gobernado el pueblo desde hacía tanto que a nadie se le había ocurrido nunca que pudiera ser de otra manera.

—¿Y eso les gustaba?

—No, no siempre, pero mal que bien se aguantaban, hasta el día en que Don Anastasio se vino abajo...

—¿Por una enfermedad?

—No, por las escaleras... Todo fue por las escaleras y comenzó con un



resbalón, así de simple, como empiezan casi todas las cosas. Desafortunadamente, Don Anastasio Morón, el gobernador, celebraba ese día su cumpleaños. Y justo ahí, frente a sus invitados ¡zas! se le torció un pie, se estrelló contra el barandal y dando tumbos bajó rebotando como balón hasta el piso y ahí quedó, cuan largo era, ante las carcajadas de los presentes.

—Ja, ja, ¡qué divertido!

—Sí, lo malo fue que cuando se pudo incorporar, a todos se les congeló la risa y se quedaron petrificados. Estaba pálido, temblaba de pies a cabeza y parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Dicen que tanta era la furia que proyectaba que los dos primeros criados con los que cruzó su mirada cayeron fulminados en el acto, pero quién sabe, ya ves cómo inventa la gente...

El caso es que don Anastasio estaba enloquecido de rabia y lo primero que hizo fue tomar un enorme mazo y a martillazo limpio arremetió contra la enorme y elegante escalera de mármol por la que hacía un momento bajaba con doña Blanquita, su esposa, y golpeó y golpeó hasta que se le acabaron las fuerzas y se quedó parado sobre los puros escombros.

—Pero qué tonto —dijo Martín—, ¿y luego cómo iban a llegar al segundo piso?

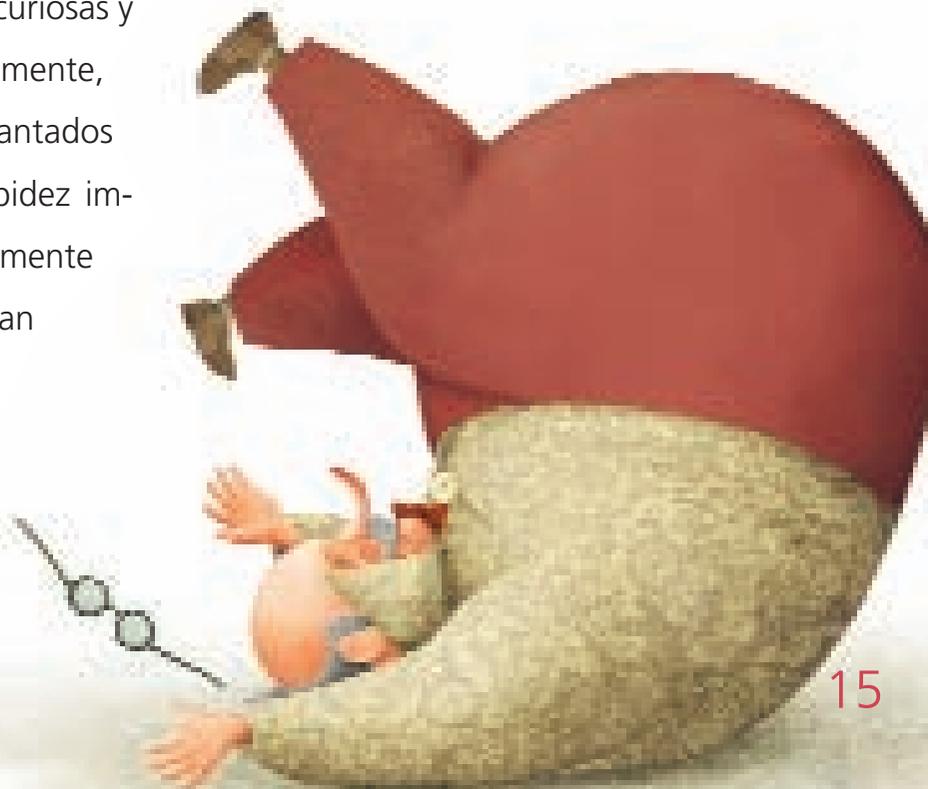
—Exactamente ahí estuvo el problema, y eso no fue lo peor sino que, desde ese momento, declaró proscrita cualquier tipo de escalera, escala

o escalón. Todas sin excepción, rojas y azules, amarillas y verdes, escaleras de mano, de caracol, escalas de cuerda, de incendios y escaloncitos. Así de plano. Hasta las sillas y bancos eran mal mirados si no estaban alrededor de una mesa.

—¿Y nadie protestó?

—¿Y quién lo iba a hacer si lo que decía un Morón era ley? Así es que desde ese día San Martín de los Azulejos quedó irremisiblemente destinado a cambiar de aspecto. Se mandaron destruir los graneros y las casas altas, las azoteas, los desvanes y hasta las resbaladillas. Los kioscos se acondicionaron para estar a ras del suelo y los árboles a desaparecer de las miradas curiosas y las ideas revolucionarias. Afortunadamente, un grupo de ecologistas muy adelantados para su época actuaron con una rapidez impresionante y los reubicaron rápidamente en una reserva, de lo contrario habrían sido arrasados.

—Pero, ¿cómo hizo la gente que tenía casas de dos pisos para sacar sus cosas?





—Ah, pues ésa fue la época de bonanza para los cirqueros, equilibristas y alpinistas que fueron los encargados de evacuar y rescatar roperos, camas de bronce, espejos, candelabros, cajitas de música, jaulas con canarios y hasta palomas prófugas que se negaban a dejar sus nidos. La verdad es que los bomberos habrían sido de más ayuda pero, privados de sus escaleras, se sentían permanentemente desgraciados e indefensos y se declararon incapaces de ayudar a nadie.

En fin, que en unos cuantos meses, San Martín se convirtió en un pueblo de un solo piso. Desde luego que nadie estaba conforme, pero nada podían hacer porque, desde el numerito aquel de la escalera, Don Anastasio se convirtió en un despótico tirano al que no se podía contradecir en nada. Atrás quedó el adorable viejito malhumorado, malencarado y gruñón que repartía coscorriones a diestra y siniestra. Ahora era un furioso energúmeno que la emprendía a bastonazos contra el que se le pusiera enfrente con una queja, de tal modo que hasta las banquetas y los zapatos de tacón tuvieron que ser sacrificados con tal de no contrariarlo.

De ahí comenzó una franca admiración por los elefantes, que aún podían alzar sus enormes trompas sobre las bardas del zoológico y el absoluto embeleso que provocaban las jirafas, que podían atisbar al horizonte sin que nadie se los impidiera. Dicen que así se creó el escudo de San Martín, que representa un gran elefante blanco mirando sobre la ciudad, pero la verdad, la mera verdad, yo no te lo puedo asegurar...

—Pero, ¿qué pasó después?, ¡a poco la gente se quedó así tan tranquila y sin hacer nada!

—No, tan tranquila no. En secreto todos murmuraban y esperaban que alguien se rebelara contra todas esas arbitrariedades, pero como los héroes se habían acabado hacía mucho tiempo y al resto de la gente de plano no se le ocurría nada, así se quedó todo. Y así se hubiera quedado para siempre de no ser por un suceso extraño que vino a alterar (todavía más) la vida del pueblo.

—¿Otro resbalón?

—Más o menos, pero esta vez fue el pueblo entero el que se vino abajo.

—¡Un terremoto!

—No, se vino abajo porque el suelo se empezó a hundir. Así nomás, milímetro a milímetro, centímetro a centímetro las casas comenzaron a enterrarse más y más. Alarmados, llamaron a científicos e ingenieros de la capital que no pudieron encontrar ninguna explicación para lo que estaba ocurriendo. El pueblo no se encontraba sobre corrientes subterráneas ni



había sido construido sobre un lago ni sobre arenas movedizas. No se registraron temblores ni había volcanes cerca, el suelo estaba tan firme que diez elefantes equilibristas, que se posaron uno sobre otro, no consiguieron moverlo ni un par de centímetros. En cambio, la tienda de campaña en que se alojaron un par de investigadores se hundió tanto en cuestión de minutos que hubo que lanzarles una cuerda para que pudieran subir.

Los sanmartineños estaban perplejos y no les quedó más remedio que abrir zanjas alrededor de sus viviendas para poder utilizar las entradas, pero entonces surgió otro problema porque como cada mañana el suelo aparecía más y más abajo, había que utilizar, por fuerza, algún tipo de escala para salir de ahí,



bajo riesgo de quedar enterrados en vida. Como supondrás, el gobernador se opuso firmemente pero esta vez, por más pataletas y berridos que dio, no encontró forma de impedir que los ciudadanos, en tanto no aprendieran a volar, instalaran por lo menos escaleras provisionales para entrar y salir de sus hogares.

—Coraje que habrá hecho, ¿no?

—Ni te imaginas, lo primero que se le ocurrió fue ordenar multas e impuestos desorbitados para todo aquel que desobedeciera. Pero eso no resultó muy bien porque su propia casa y las de todos sus funcionarios estaban igual de hundidas y los cirqueros y equilibristas estaban tan agotados de andar cargando gente que se declararon en huelga y no hubo poder humano que los convenciera de regresar; así que hubo que firmar permisos especiales para que aquellos que vivieran más de cinco metros bajo tierra pudieran construir pequeños escalones para subir.

Por ese tiempo se comenzó a rumorar que la tierra misma protestaba ante las órdenes absurdas del gobernador y por eso se iba para abajo. Para empeorar las cosas, algunos por ahí descubrieron que si cavaban un poquitín alrededor de sus casas, éstas se hundían más y podían obtener el permiso para instalar escaleras, así es que lentamente y en silencio la rebelión se fue gestando en el ánimo de los sanmartineños.

—¿En todos igual?

—No, claro que no, era como si todos los ciudadanos hubieran esta-

do dormidos durante muchísimo tiempo y de pronto comenzaran a despertarse. Unos lo hicieron primero, pero fueron sacudiendo a los demás hasta que de a poquito, todos comenzaron a abrir los ojos.

Y entonces empezaron a ocurrirle cosas raras al gobernador: ya se le quebraban las patas de la silla; sus anteojos aparecían guisados en salsa, dentro de la olla de la sopa; descubría su pollo aderezado con pólvora y adornado con veinte cerillos, o amanecía rodeado de gallinas que quién sabe cómo se habían soltado en su recámara y puesto huevos dentro de sus calcetines, mientras unos puerquitos enlodados corrían alegremente por la sala y el corredor, perseguidos por una frenética doña Blanca que no podía ni imaginar cómo habían llegado hasta ahí.

Pero el colmo fue un día en el que se esfumaron los calzones de Don Anastasio (suceso extrañísimo porque aún los llevaba puestos) y de pronto aparecieron tendidos, cual si fueran un estandarte, en



medio de la plaza principal con un letrero que decía: ¡SÚBANSE QUE DESDE AQUÍ SE VE EL CIELO!

El gobernador hizo un berrinche tan monstruoso que por poco le da una apoplejía, tuvieron que meterlo a rastras a su casa, echando espuma por la boca y repartiendo insultos y maldiciones a medio mundo, pero no lograron calmarlo.

Dicen que tuvo que quedarse postrado en su cama durante meses, mientras desde la ventana veía, impotente, cómo San Martín de los Andes se seguía hundiendo más y más hasta volverse un valle rodeado de cerros y montañas... y no hubo más remedio que volver a instalar las antiguas escaleras para subir y bajar a todos lados. Y claro, una vez empezando, ya no hubo forma de echarse para atrás, y ante sus propios ojos vio cómo surgían casas de dos, tres y hasta cuatro y cinco pisos, a los que llamaron edificios, y escuchó el rumor de que un día llegarían a construirlos tan altos que alcanzarían las nubes y se llamarían rascacielos. Las alarmas de incendios sonaban sin cesar porque la gente no las tocaba en las emergencias, sino por el puro gusto de ver los camiones brillantes pasar por las calles con sus escalerotas flamantes y nuevecitas.

Todos los días se organizaban desfiles presididos por zanqueros orgullosísimos que hacían piruetas y malabares, y ofrecían clases gratis a todo aquel que quisiera elevarse sobre el nivel del suelo. Dicen que inclu-

so se llegaron a inventar camiones de dos pisos que transportaban a la gente con vista panorámica, idea que les compraron unos empresarios europeos para llevársela al otro lado del mar, donde dicen, yo no sé, que fue un éxito.

—¿Y qué pasó con Don Anastasio?

—Pues soportó unos seis meses, sostenido por la pura rabia, pero al final no le aguantó más el hígado y se le reventó como un globo, dejando el puesto de gobernador vacío y sin candidatos. A uno de sus hijos se le ocurrió, tímidamente, anunciar que ya que su amadísimo padre había pasado a mejor vida, le tocaba a él tomar su lugar, pero antes de terminar de hablar percibió cientos de miradas asesinas que lo rodeaban y el brillo inconfundible de rifles y machetes listos para despacharlo. Así es que más pronto de lo que te lo cuento, él y su familia hicieron sus maletas y se esfumaron del pueblo sin que nadie volviera a escuchar una palabra sobre los Morón.

—¿Y qué ocurrió con San Martín, se quedó sin gobernante?



—Claro que no, la gente que había logrado sacudirse la modorra pensó que seguro podrían escoger a alguien más inteligente y menos neurótico que los gobernara con más justicia, y eso hicieron.

—¿Y luego?

—Dicen que la idea se fue popularizando y fue adoptada por otros muchos pueblos, pero quién sabe, a lo mejor nomás eran cuentos de mi abuela...

Martín se quedó pensativo mientras paseaba la mirada a su alrededor, deteniéndose en la fuente de azulejos que se veía a través de la ventana, observando el pequeño elefante de mármol que adornaba su escritorio, notando la escalera de madera con la que se subía al desván...

—Abuelo —dijo con sospecha—, ¿de verdad ocurrió todo eso?

El abuelo le dedicó una traviesa sonrisa mientras le tomaba las manos con sus dedos suavitos y le decía: “¿Tú qué crees pequeño?”

El niño sonrió, pero no le alcanzó el tiempo de replicar porque en ese momento llegó su tío Perico a recogerlo para llevarlo a comer. El pequeño se despidió apresuradamente y se subió al coche con su tío, quien se quejaba de lo ridículo de los días como ése, anunciando, por centésima vez, que él no iba a votar.

Martín se quedó un rato pensando en lo hablado con su abuelo hasta que de pronto, como quien acaba de comprender algo, se le dibujó una sonrisa luminosa en el rostro; entonces volteó a mirar a su tío que seguía protestando y comenzó a decir:

—Me parece muy bien que no votes, en realidad lo mejor es que otros decidan quién gobierna y cómo lo hace, cómo pasaba allá en San Martín...



—¿En dónde?

—En San Martín de los Azulejos, donde gobernaba hacía muchos años Don Anastasio Morón, hasta el día en que el pobre se vino abajo...

—¿Por una enfermedad?

—No —contestó Martín con una mirada pícara—, por las escaleras, todo fue por las escaleras...

Y Martín comenzó a contar la historia mientras allá, en otro lado de la ciudad, su padre, todavía con una expresión de fastidio, seguía contando votos.





VOTA

Pottingi
citololung

VOTA

Pottingi
citololung

VOTA

Pottingi
citololung

VOTA

Pottingi
citololung

Los alebrijes

Edgar Mauricio Peña Montalvo

oto

748 35
5 → 10
0 5 6

ADULTO
ADULTO

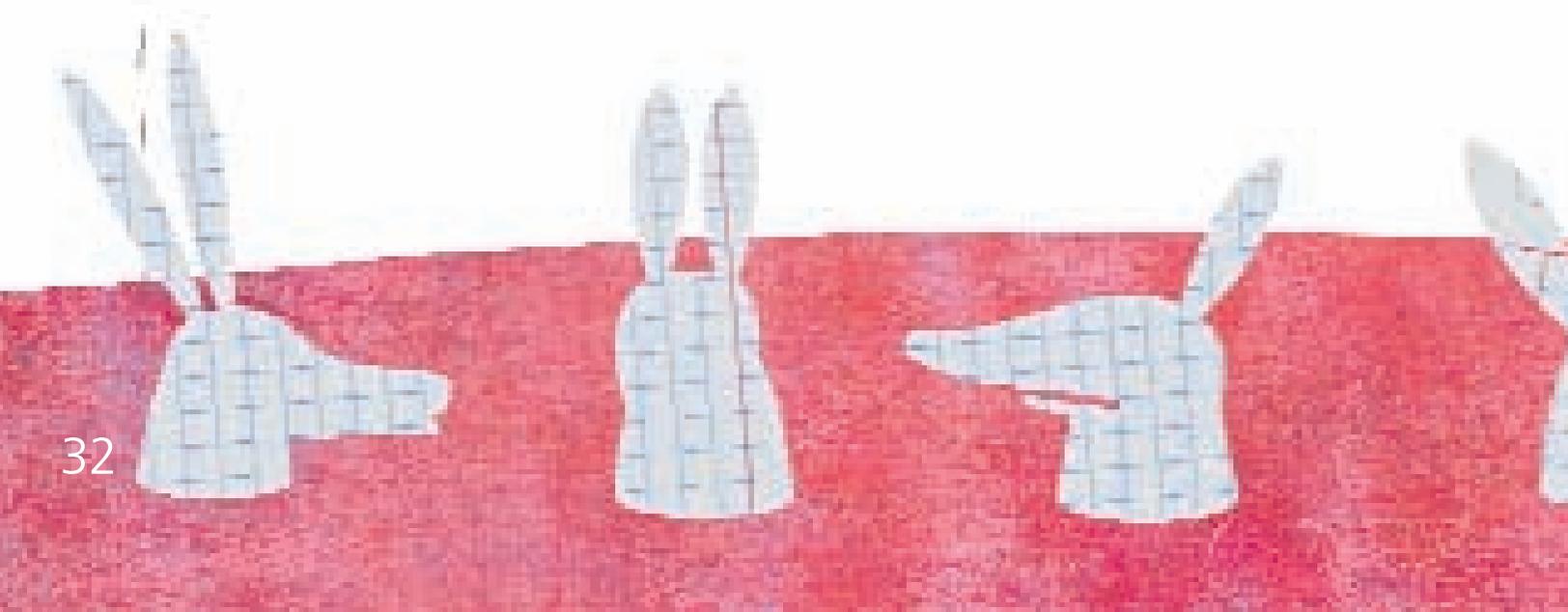
ELABORACION



Antes, mucho antes de los humanos, habitaban en el planeta seres mágicos y fantásticos, criaturas de las que hemos escuchado gracias a los mitos y a las leyendas. En el Oriente, primero que los feroces samuráis vivieron los dragones, mientras que en los bosques irlandeses, dominaban los druidas. El Polo Norte estaba infestado de elfos y los bosques húmedos y fríos de Alemania albergaban a los gnomos. Las hadas, pequeñas y mágicas, volaban por los bosques franceses. En Norteamérica, deambulaban libremente las tribus de los peludos Pie Grande. En México, existía una especie formada por todos los animales del planeta. Podíamos encontrar las cuatro patas de un perro pegadas al tronco de un sapo, con cola de pez y rostro de ratón. La esposa de este ser era un cuerpo de gallina con alas de murciélago, cuello de jirafa, cara de gato y, a manera de cola, un rabo de conejo.

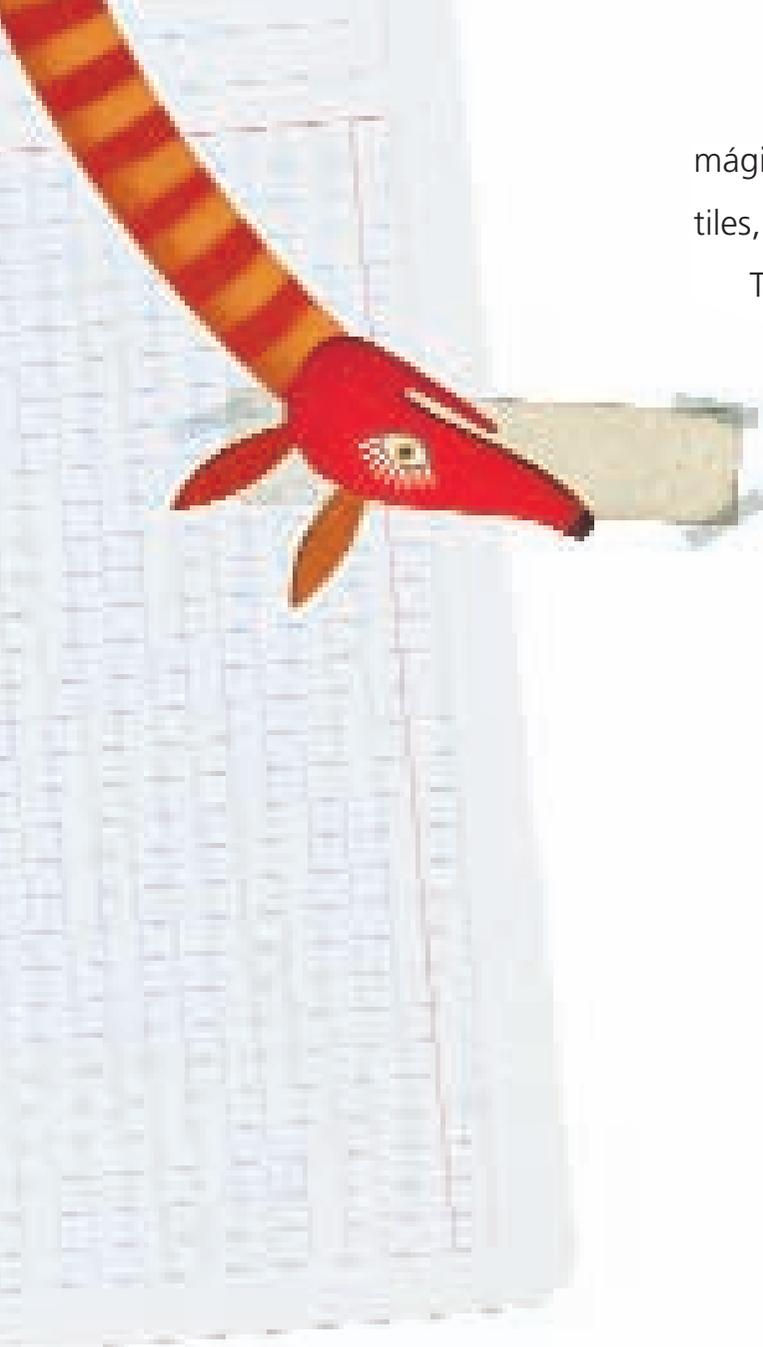
Personajes tan raros llevaban el nombre de alebrijes. Existen muchas leyendas de cómo se originaron estos seres, pero la que más me gusta es la siguiente:

Un día, se encontraba aburrido un dios antiguo, pero joven, llamado Brije, así que se puso a registrar en una lista a todos los animales del planeta; además, tomó uno de cada uno y los guardó para su colección privada. Se trataba de un dios muy curioso y fanático de la anatomía y los rompecabezas, por lo que, a manera de diversión, separó a cada bestia en piezas, ¡pero no los mató ni los hizo picadillo!, ya que, gracias a sus poderes divinos, los animales, aunque separados en partes, seguían vivos sin sentir dolor o pena.



Después de haber estudiado cómo estaban constituidos, se encontraba Brije tan cansado que dijo: “Listo, no se preocupen, mi curiosidad está saciada, el trabajo que he realizado con ustedes me ha dejado tan cansado que necesito dormir. Mañana pegaré sus miembros y los dejaré libres. Ahora, me voy, ustedes también necesitan descansar, hasta mañana”. Y así, el pequeño dios dejó sobre una gran piedra, que le servía como mesa de exploración, todas las partes de las bestias; pero el cansancio le hizo olvidar tapar el cuenco del pegamento





mágico que uniría nuevamente a los mamíferos, reptiles, insectos y aves.

Tarde, pero esa misma noche, regresaron los padres de Brije, volvían de crear nuevos mundos. Su papá era enorme, con una barba del tamaño de las nubes, y fuerte, muy fuerte. Su mamá era fina, delgada y cariñosa. Venían del frío espacio y el dios Yéspiro regresaba con gripa; como no quería contagiar a su hijo, no fue a darle un beso de buenas noches para no incomodarlo y se fue directo a su cama con los molestos síntomas: temperatura alta, escurrimiento nasal, dolor de cabeza y ojos llorosos.

Una vez en sus aposentos, se dedicaron a soñar, pero, en medio de la noche, un viento sutil se coló por debajo

de la puerta y acarició suavemente los pies del gran Yéspiro, quien estornudó tan fuerte que esa noche tembló en la Tierra y las partes de las bestias, que descansaban en la piedra de trabajo del joven dios, fueron a parar al piso junto con la vasija de pegamento, que se rompió.

Por la mañana, Brije se encontró con todos los animales pegados de una manera peculiar: un simio tenía por brazos las patas de un escarabajo y las patas eran las alas de un ganso; para donde volteara la divinidad, el espectáculo era el mismo. Todos los seres de la naturaleza se habían revuelto.

Aquel circo de animales, al percatarse de la presencia del dios, lo miraba esperando unas palabras, que fueron éstas: “ ¡Oh!, lo





siento tanto, esto es un caos... pero no se molesten ni se preocupen, aunque me lleve una eternidad voy a solucionarlo". Sin embargo, una de aquellas cosas raras que tenía la faz de búho, el cuerpo de víbora y las patas de burro se dirigió a Brije: "¡Oh!, imperial dios, si nos permites quedarnos así, seremos felices. Antes de que su excelencia llegara, todos lo hemos discutido y queremos permanecer así; seguramente te preguntarás por qué. Bueno, cada uno de nosotros se ha dado cuenta de las nuevas posibilidades que tenemos, por ejemplo, yo no conocía la sensación de correr, de caminar, de pisar tierra firme con cuatro extremidades... es algo nuevo para nosotros y no estamos incómodos con el cambio; por eso, si esto no te causa problema alguno, nos gustaría continuar siendo así".

El poderoso, incrédulo, frunció el ceño, reflexionó un poco y asintió: "Está bien—dijo— ahora, tengo que darles un nombre". Recordó que en la lengua de sus ancestros ale significa "el invento de", y así, los

nombró:alebrijes. Todos estuvieron de acuerdo y Brije los colocó en México para que habitaran en paz.

Ya que te conté uno de los posibles orígenes de estos seres, voy a platicarte por qué desaparecieron, aunque, por supuesto, sólo es una versión de tantas.

Una vez instalados, tuvieron algunos problemas que solucionar porque todos losalebrijes que tenían cabeza de carnívoro, lo seguían siendo; por lo que, aunque la pantera tuviera el cuerpo de la vaca, patas de cebray alas de mariposa, todavía comía carne; al igual que el león, el jaguar, el tiburón y los demás. Pero todo siguió ocurriendo cotidianamente, algunos comían plantas y otros se comían a los que comían plantas. Esto no importaba porque para ellos era habitual, para la naturaleza era normal.

Cincuenta años transcurrieron de este modo, y aquel búho que en algún momento se sintió alegre





por poder correr sobre la piel de nuestro planeta, comenzó a extrañar las alturas, los giros aéreos, sus garras fuertes y posarse en los árboles. Poco a poco, la mayoría empezó por añorar su cuerpo, sus extremidades y sus cabezas. Muchos alebrijes ya no se sentían tan cómodos, entonces, buscaron a Brije para que los volviera a su forma anterior. El joven recibió en sus aposentos a una comitiva que le informó la situación y, una vez expuesto el punto, la divinidad les dijo: “Yo puedo transformarlos como eran antes, pero la mayoría debe estar de acuerdo, consúltenlo con los demás”. El grupo que

estaba en la reunión regresó con los otros alebrijes, los puso al tanto y organizó una elección para decidir su destino.

Existían tres bandos: los que querían volver a su forma antigua, los que no y a los que no les importaba el problema. Lo primero que se tenía que hacer era convencer a los que no les interesaba el asunto, debían incluirse en esta decisión porque les afectaba a todos y, además, formaban parte de aquella sociedad; tenían la responsabilidad de participar y el derecho a decidir lo mejor para ellos.

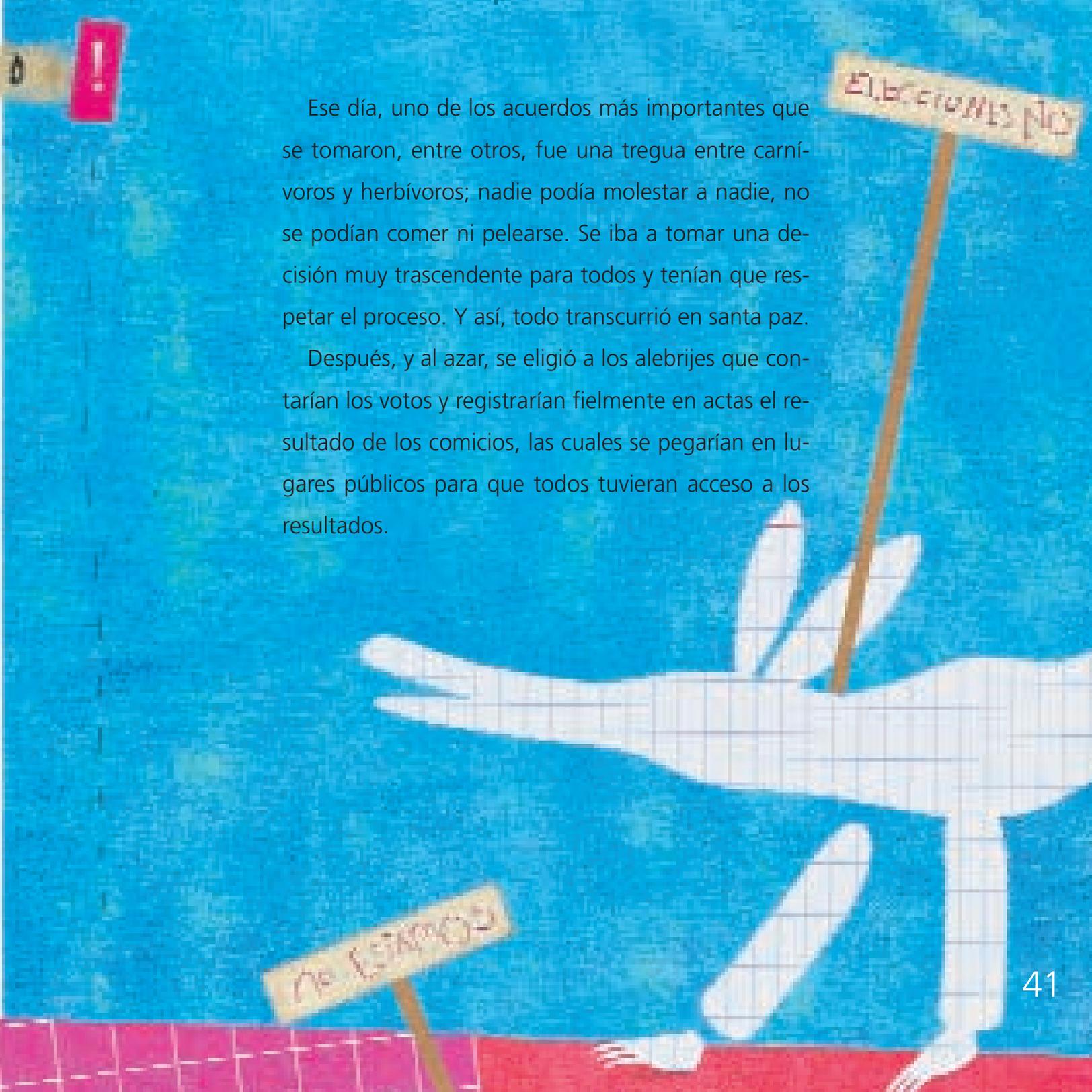
Después de una gran campaña de concientización, que estuvo a cargo del lobo con cuerpo de pelícano y del elefante con cuerpo de búfalo y cola de caballo, y cuyo lema fue: "Participar es elegir y elegir es tu derecho", uno tras otro, los alebrijes desinteresados fueron comprendiendo la importancia de tomar parte en la votación.

Los arreglos previos a este tipo de grandes decisiones, por lo general, son muchos y complejos, y esta vez no sería una excepción: los animales se dedicaron a construir urnas, es decir, cajas donde cada uno de-

positaría su voto. También se imprimieron boletas en hojas de árbol con tres opciones, que eran: cambiar, no cambiar y propuesta. En esta última, podían escribir, con el trozo de madera y la tinta hecha de semillas rojas que se les proporcionaría en las casillas, alguna idea que se les ocurriera para el beneficio general.

Cuando estuvo todo listo, se llevó a cabo la votación y, en orden, se formaron esperando su turno para plasmar lo que durante un buen tiempo habían reflexionado.



A stylized illustration of a white rabbit with long ears, holding a wooden sign on a stick that says "El bocorrens No". The rabbit is standing on a red surface. In the bottom left corner, there is another wooden sign on a stick that says "De los bocorrens". The background is a textured blue color. In the top left corner, there is a small red square with a white exclamation mark inside, and a small white square with a black exclamation mark inside.

Ese día, uno de los acuerdos más importantes que se tomaron, entre otros, fue una tregua entre carnívoros y herbívoros; nadie podía molestar a nadie, no se podían comer ni pelearse. Se iba a tomar una decisión muy trascendente para todos y tenían que respetar el proceso. Y así, todo transcurrió en santa paz.

Después, y al azar, se eligió a los alebrijes que contarían los votos y registrarían fielmente en actas el resultado de los comicios, las cuales se pegarían en lugares públicos para que todos tuvieran acceso a los resultados.



Únicamente tres alebrijes no querían cambiar: la tortuga con cuerpo de zorro, patas de gacela y cola de cochino; el caracol con cuerpo de venado, rabo de ratón y patas de canguro y, finalmente, el armadillo patas de chivo, cuerpo de león y alas de halcón. Ellos eran felices con la velocidad que les proporcionaba la combinación de sus cuerpos, pero tenían que aceptar el resultado, debían respetar la elección.

Nuevamente, una delegación, con los resultados en mano... bueno, en pata, ala u hocico, llegaron con Brije. Le contaron lo que hicieron para tomar la decisión, y él respondió: "Muy bien, han hecho lo correcto tomando en cuenta a todos y no



eligiendo por los demás. Vengan todos mañana y los devolveré a su forma común”.

Felices, se despidieron y, al siguiente día, aparecieron todos en su puerta. Los hizo pasar y se puso a trabajar. Desmembró, cuidadoso y sin lastimarlos, a cada uno. Los restauró en su totalidad, desde la hormiga hasta la ballena azul y, una vez concluidas las reparaciones, dispersó a los animales en sus continentes de origen.

Así fue como todo volvió a la normalidad... sólo un poco antes, antes de los humanos.

todos felices



¡Mira arriba...!
lo que buscas
está en
el cielo

María Enriqueta Arauz Gallegos



Una fuerte lluvia caía sobre la ciudad de México. Era verano y las densas nubes se juntaban, para no dejarle al

sol esparcir sus cálidos rayos. En una callecita del centro se abría paso un pequeño carro rojo entre el ruido de cláxones, vendedores y personas corriendo por doquier, tratando de encontrar un refugio.

Dentro de él, hincada en el asiento trasero, estaba Amelia, con la nariz y las manos pegadas al vidrio, viendo cómo esa gente corría como hormiguitas a las que se les ha puesto un obstáculo en su camino.

Una lágrima aún rodaba por su rostro. Estaba triste porque su papá la había reprendido, y todo por decir la verdad: –¿Qué tiene de malo decir siempre la verdad? –se preguntaba–. Mis papás me dicen que mentir no es correcto, pero cuando los oigo hacerlo y se los digo, se enfadan y me castigan.

Su padre estaba molesto ya que había perdido doscientos pesos por culpa de Amelia, pues la niña le había dicho al policía, que los detuvo por pasarse un alto, que no iban al hospital de emergencia, sino a visitar a su tío Enrique en la colonia Centro. También sus hermanos mayores, Ángel e Hilda, estaban enfadados porque el dinero que se le dio al oficial era el

que su papá les había prometido, a cambio de portarse bien y no decir nada indebido delante de su tío.

El carro seguía avanzando y la lluvia comenzaba a menguar,



mientras Amelia seguía observando por la ventana. Cuando llegaron a casa del tío Enrique, el sol se asomaba ya entre las nubes.

—¡No sé por qué tenemos que venir aquí! —exclamó de pronto Hilda con mala cara—. Es aburridísimo, todo huele muy raro y no hay nada que hacer. Además...

—¡Cállate, por favor! —la interrumpió su papá—. No me hagas enojar más. Ya les dije mil veces que aquí mando yo, y se hace lo que yo digo; así que no discutan, bajen del auto y traigan sus cosas, que éste será su hogar durante las vacaciones.

Amelia tomó su maleta y cargó a Jiaku, su tortuga de peluche con la otra mano; bajó con cuidado, siguiendo a sus padres hacia el interior de la casa. Todo era muy grande y casi no entraba luz en el viejo vestíbulo. La niña recorrió el cuarto con sus profundos ojos negros y al percatarse de una antigua armadura, que parecía devolverle la mirada, sintió escalofrío.

Los tres chiquillos se sentaron en el polvoriento sillón rojo, mientras su padre subía a ver a su hermano, que últimamente se encontraba delicado de salud. Nadie sabía lo que tenía; simplemente una mañana había dejado de hablar y de comer. Se recurrió a los mejores médicos del país, a pesar de ello, ninguno pudo averiguarlo.

Esto preocupaba demasiado a la familia, sobre todo a Amelia, quien amaba muchísimo a su tío, pues él era su mejor amigo; el que la comprendía y escuchaba, el único con el que podía jugar, ya que al ser la más pequeña, era siempre ignorada por sus hermanos, por considerarla miedosa, tonta y débil. A sus siete años había estado en el hospital más veces que nadie jamás. Sufría de una extraña enfermedad del corazón que no le permitía agitarse demasiado, aunque no tenía graves consecuencias. Así que cada día tenía que conformarse con verlos divertirse por todos lados, mientras ella se sentaba con Jiaku por ahí.

—¡Vamos a hacer algo! Ya me harté —dijo Hilda, rompiendo el silencio.

—Bueno, ¡vamos! —respondió Ángel y, poniéndose de pie, siguió a su hermana, quien ya se dirigía con sigilo al segundo piso.

Amelia suspiró. Ya estaba acostumbrada a los desplantes, pero no por eso dejaban de dolerle. Miró a su alrededor para ver en qué podía entretenerse allí sola, cuando escuchó detrás de ella un susurro que parecía cantar su nombre: “Ameeeeliaaa”. Se quedó muy derecha y quieta. Aquello provenía del corredor a sus espaldas. Dándose vuelta, trató de distinguir algo en él, pero estaba muy oscuro. Entonces, decidió cerrar los ojos y oír bien, tal vez sólo se trataba del viento soplando contra las ventanas.

Puso mucha atención, apretando a Jiaku contra su pecho y manteniendo la respiración. Esperó unos segundos sin que ocurriera nada. Pensó que se estaba volviendo loca y empezó a relajarse, cuando de pronto llegó nuevamente a su oído: “Ameeeelaaaa”. Esta vez más fuerte y claro. Eran varias voces extrañas, pero armoniosas las que entonaban su nombre: –¡Qué miedo! –se dijo, aunque algo en su interior la alentaba a averiguar de dónde venían esos sonidos.

Con paso lento y cuidadoso se introdujo poco a poco en el negro pasillo, el cual tenía a lo largo varias puertas. Trató de abrirlas, pero estaban cerradas con llave. Al acostumbrar sus ojos a la oscuridad, notó que al final se encontraba una última puerta. Cuando se detuvo frente a ella, sintió miles de mariposas en el estómago. Estaba abierta.

Se asomó despacio y observó con decepción que estaba vacía. Sólo unos rayitos de luz pasaban a través de las densas cortinas que cubrían tres enormes ventanas. Entró para mirar con detalle y se percató de que a su derecha, frente a ellas, colgaban varios cuadros de diferentes tamaños. Sus empolvados marcos, todos ellos tallados con hermosas figurillas, estaban pintados de cuatro





colores: azul, verde, rojo y blanco. Amelia estaba fascinada; nunca había visto algo igual.

Se acercó al primero. Era el más pequeño. En él se encontraba un paisaje fantástico con montañas azules, prados relucientes, un río de plata y un cielo de arco iris. Posó su mirada en el siguiente, un poco más grande. Contempló una redonda mesa de piedra, alrededor de la cual se sentaban siete extraños seres, de distinta estatura y compleción. Ninguno parecía humano. Al ver con detenimiento, se dio cuenta que había siete criaturas, pero ocho sillas:

—¿Por qué faltará alguien allí? —se preguntó. Antes de pensar más, deseó continuar observando.

A la tercera pintura la encontró aterradora: un cielo rojizo se extendía sobre la misma tierra de antes, ahora gris y sin vida. Al fondo, en un trono de piedra negra, alguien altísimo, de cuerpo sumamente delgado, piel gris clara y largos dedos, apare-

cía, de lo más temible, con mirada aterradora. En el río, ahora de sangre, peleaban pequeños seres contra monstruos negros de ojos rojos. Amelia se sintió angustiada y no quiso seguir viendo, así que dio tres pasos a la izquierda, posándose frente al nuevo cuadro.

Estaba confundida. El grisáceo ente, alto y delgado, se erguía ahora al pie de una colina. Una gigantesca luna de plata brillaba detrás y decenas de personas fantasmales volaban hacia ella. Amelia retrocedió. No sabía qué significado tenía aquello que contemplaba. Notó que aún faltaban las dos pinturas más grandes. Sin perder tiempo fue hacia la penúltima: cuatro simpáticos pequeñitos de piel hermosa leían un libro dorado en el suelo. Cada uno era del color de los lados del marco: el primero, todo verde, con cabellos de hojas. El de al lado, azul con branquias en el cuello. El más robusto, de piel blanca y mejillas rosadas. El último, rojo de ojos centelleantes y rizos de fuego.

—Esto se pone cada vez más raro —le dijo la niña a su tortuga—. Es como si trataran de contar una historia, pero no entiendo nada.

Al llegar a la obra faltante, soltó un gritito y abrió bien los ojos. El marco era más grande que ella, sin embargo estaba vacío. Efectivamente, estaba el lienzo, pero no había nada pintado. Amelia se acercó despacio y lo tocó. Se sentía áspero y frío:

—Tal vez mi tío los pintó –pensó en voz alta– y por su enfermedad no pudo con éste. ¡Voy a preguntarle!

Se dirigió a la puerta y se disponía a salir, cuando escuchó muy cerca de ella: “Ameeliaaaa”. Volteó asustada y con la boca abierta observó cómo el cuadro de los niñitos proyectaba miles de luces coloridas.

—No temas –dijeron las mismas vocecillas cantarinas–, no te haremos daño. Acércate.

Amelia caminó lentamente hasta allí y vio que todo seguía igual, salvo que las criaturitas brillaban con intensidad, expidiendo aquellos rayos luminosos.

—Somos los Cuatro Suspiros de los Elementos –continuaron los niños sin moverse–. Vivimos en la tierra de Fuareti y necesitamos tu ayuda para restablecer la paz y la justicia en nuestro mundo.

—¿Ti... ti... tiene algo que ver con ese hombre alto de allá? –respondió Amelia, señalando el cuadro de la luna.

—Él es Moll, el que nos arrebató la alegría imponiendo su imperio con maldad e injusticia. Es por eso que acudimos a ti, “Amelia la protectora”, para que tú, junto con El Mensajero y La Niña Guerrera, hagan cumplir la profecía de esperanza a la que tanto le teme.

Amelia sintió en ese instante cómo su miedo desaparecía, dando paso a una sensación de fortaleza y seguridad que nunca había experimentado.

—¡Quiero ayudar! —exclamó—. Me gusta ayudar. ¿Qué tengo que hacer?

—Acude con Hominibus. Él te dará la llave y te explicará qué tienes que hacer. Y recuerda que La Niña Guerrera y El Mensajero también deben venir.

—No entiendo —replicó Amelia con ansiedad—. Lo siento, pero yo no conozco a esas personas.

—Claro que sí —contestaron las voces.

—¿Quiénes son?

—Tu tío y tus hermanos.

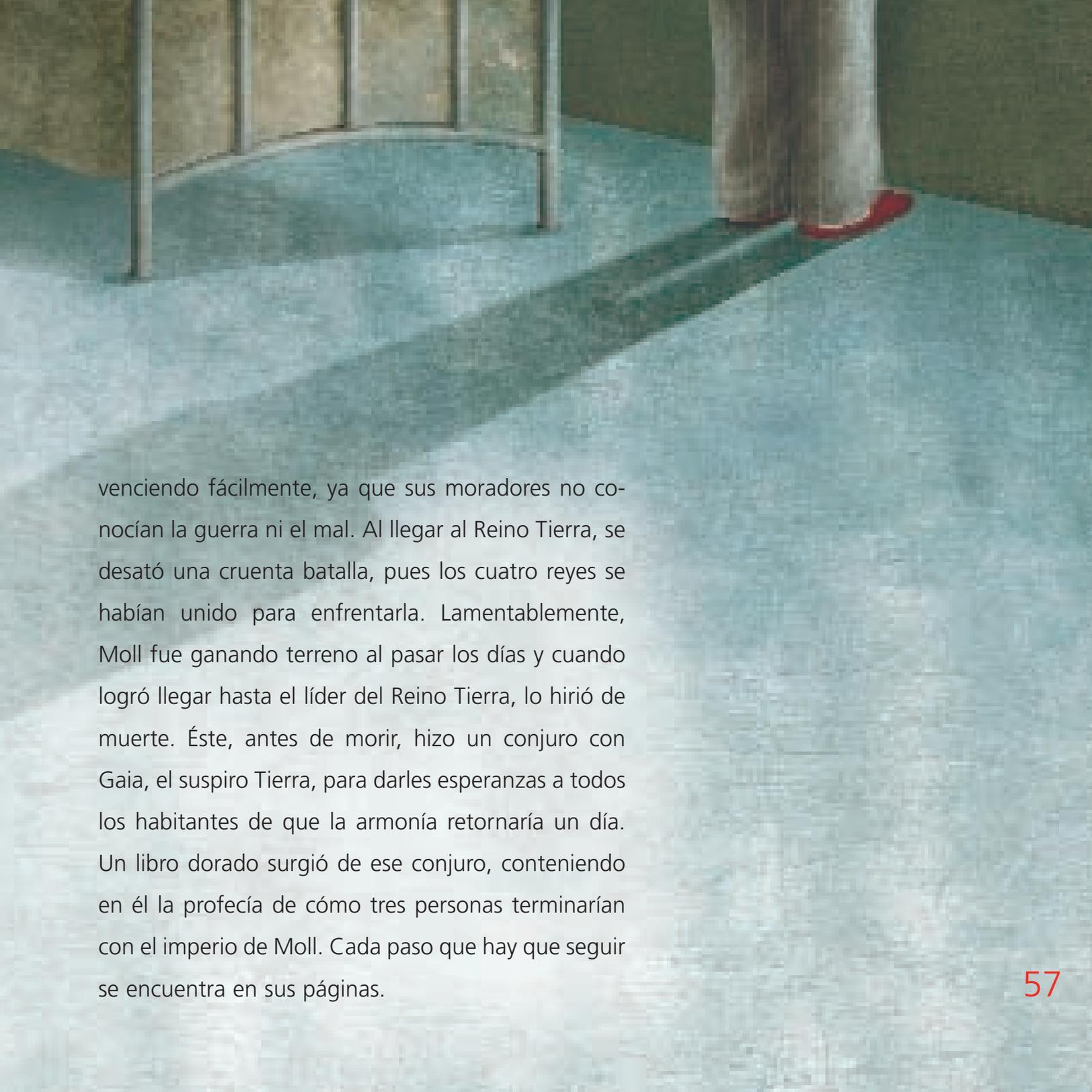
Un silencio invadió la habitación. La pequeña no podía creer lo que oía. Ya le parecía una locura lo que pasaba y no concebía involucrar a sus hermanos, y mucho menos a su tío. Sin embargo, no podía ignorar el dolor que expresaban esas voces.



A young girl with red hair is looking out a window. The view outside is a snowy landscape with a wooden structure in the background. The scene is brightly lit, suggesting a sunny day.

Nunca antes le habían pedido su ayuda ni tomado en cuenta. Creía que debía obedecer y así lo hizo. Sin decir nada más, salió del cuarto y fue de nuevo al vestíbulo vacío. Sus padres se habían marchado sin despedirse, pero eso no la desanimó para continuar con su misión. Subió apresuradamente al segundo piso y al llegar al dormitorio entró sin llamar, encontrando al tío Enrique parado junto a la ventana, observando el exterior, con pijama y bata de dormir. Apenas meditaba en cómo empezaría, cuando escuchó su ronca voz:

—Fuareti, tierra pacífica, está compuesta por los cuatro Reinos de los Elementos. El Reino Fuego, Agua, Aire y Tierra; cada uno con su suspiro guardián. El tirano Moll, con su ejército de Crulls, arremetió un día en los tres primeros,

A photograph of a modern interior space. The floor is covered in a light blue, textured carpet. In the foreground, a curved metal railing with vertical posts is visible. To the right, a wooden pillar stands on a small red mat. The background shows a wall with a grid pattern, possibly a window or a partition. The lighting is soft and even.

venciendo fácilmente, ya que sus moradores no conocían la guerra ni el mal. Al llegar al Reino Tierra, se desató una cruenta batalla, pues los cuatro reyes se habían unido para enfrentarla. Lamentablemente, Moll fue ganando terreno al pasar los días y cuando logró llegar hasta el líder del Reino Tierra, lo hirió de muerte. Éste, antes de morir, hizo un conjuro con Gaia, el suspiro Tierra, para darles esperanzas a todos los habitantes de que la armonía retornaría un día. Un libro dorado surgió de ese conjuro, conteniendo en él la profecía de cómo tres personas terminarían con el imperio de Moll. Cada paso que hay que seguir se encuentra en sus páginas.

El libro quedó al cuidado de los fuaretianos, pero el perverso Moll, al enterarse, realizó un complicado hechizo, para quitarles los valores humanos a sus habitantes, convirtiendo así a Fuareti en un lugar de perdición y corrupción. Hoy todos se comportan como animales, engañándose y matándose entre sí. Hay miles de pillos y ladrones sin escrúpulos, haciendo daño en cada rincón. La Tierra se ha ennegrecido y el sol no ha vuelto a salir.

A partir de ese día, cada luna llena, Moll manda a los valores perdidos, ahora con forma humana, volar hacia ella. Con su hechizo atrae a quienes hicieron algo malo y les extrae el valor por la boca, aspirándolo con la suya de muy cerca, para después soplar energicamente y expulsarlo por sus labios como denso vapor blanco. Si es el respeto, el que ha sacado, se forma una bella mujer de cabello largo. La honestidad se transforma en un niño pequeño de ojos verdes. La solidaridad es una madre con su bebé en el regazo. La igualdad es un anciano de cara dulce y la búsqueda del bien común, un joven de fuertes brazos. Así se los va robando a todos, quienes con su nueva imagen

vuelan rápidamente hacia la luna plateada, donde viven sin dueño en torno a un lago de cristal custodiado por Lunerus, el viejo botero, espíritu sumamente peligroso, que puede matarte si te mira a los ojos, pues contiene en ellos el vacío eterno. El fuaretiano que ha quedado sin valores se transforma poco a poco en un Crull, quedando para siempre a merced de Moll.

El tío Enrique dio media vuelta y mirando a su sobrina, la cogió de los hombros y continuó:

—Es hora, pequeña protectora, de que cumplas tu destino. Lleva a tus hermanos al Cuarto de la Historia y abre el portal con esta llave —sacó un dije en forma de colibrí y se lo colgó a la niña en el cuello—. Éste va a ser tu guía durante el viaje. No olvides tampoco a Jiaku, por fin sabrás por qué me emocioné tanto al dártela hace dos años. Cuando llegues a Fuareti, te reunirás con Gaia, el suspiro Tierra. Él te dará instrucciones...y



ahora Amelia ¡salva a Fuareti! –concluyó el tío, dándole un fuerte abrazo.

Amelia salió corriendo de la habitación y regresó a la parte de abajo a buscar a sus hermanos, quienes, por suerte, estaban en el corredor, tratando de abrir una de las puertas. No tuvo que pensar mucho. Pasó lo más rápido que le permitió su corazón detrás de ellos y con un fuerte golpe, abrió la última puerta. Sabía bien que irían tras ella para averiguar qué tramaba y poder acusarla. Cuando llegó frente al cuadro vacío, Hilda y Ángel ya estaban observando curiosos las primeras pinturas.

—¿Y ahora qué? –se dijo Amelia, tocando de nuevo el lienzo.

De pronto sintió un cosquilleo en su pecho y antes de darse cuenta, el colibrí cobró vida y comenzó a revolotear por todo el lugar. Sus hermanos no com-

prendían lo que pasaba; sólo veían boquiabiertos al pajarito, quien después de dar varios círculos, se posó velozmente en un hueco que tenía su forma en la esquina derecha del último marco. Inmediatamente, con un estruendo, los demás cuadros empezaron a hacerse todos del mismo tamaño. Las imágenes desaparecieron, dando lugar a un sinfín de colores. Poco a poco se fueron alineando, hasta formar un cuadrado gigante, que lucía como televisor con pantalla de gelatina de mil sabores.

Los tres niños estaban pasmados, contemplando con los ojos muy abiertos, aquella maravilla. El ave salió del orificio y voló como un rayo hacia la pantalla, donde desapareció. Amelia y sus hermanos soltaron un grito de admiración.

—Creo que ésta es la entrada. ¡Vamos! —dijo Amelia a los muchachos.



Se acercó al portal e introdujo su mano con cuidado. Estaba cálido y la invadieron unas ganas inmensas de reír y abrazar a todos. Pensó que no había peligro y sin más, lo cruzó.

Sus hermanos, atraídos por la curiosidad, también tocaron la pantalla, y al percibir la misma sensación de alegría, quisieron seguir a su hermana. Cuando pasaron al otro lado, llegaron a un cuartito de madera, con mesas y sillones de troncos. Una chimenea encendida brindaba una bienvenida apacible.

Amelia estaba agachada, sacando de un baúl algo que parecían esferas plateadas. Un niño verde, de su estatura y con cabellos de hojas, leía junto a ella un libro dorado en un idioma incomprensible. Al percatarse de su presencia, la niña se acercó y dándole una espada a Hilda y un libro verde a Ángel, les explicó todo lo que sabía. Por primera vez sus hermanos la escuchaban con atención y respeto, creyendo cada una de sus palabras.

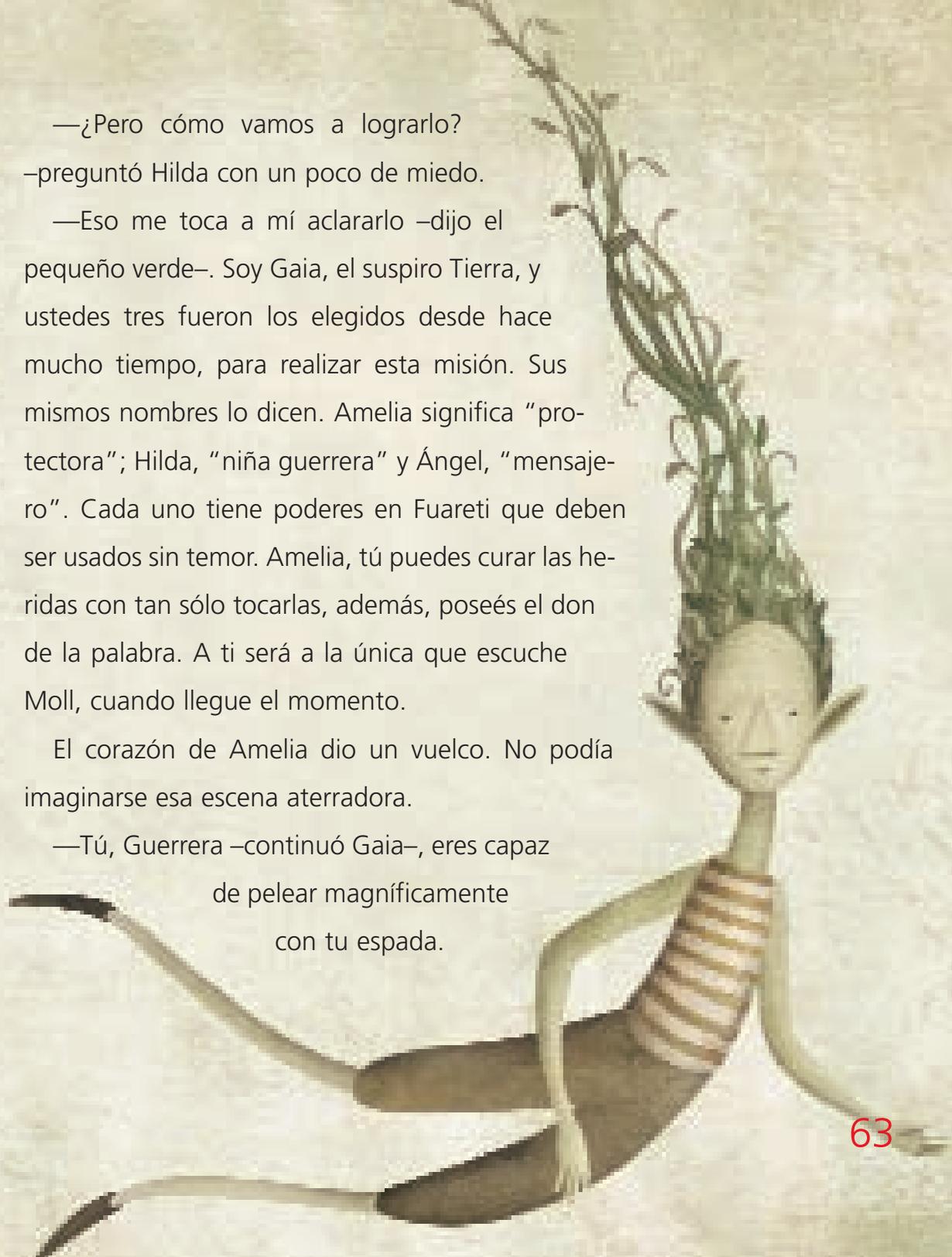
—Gaia me ha leído del libro dorado lo que tenemos que hacer. Ahora iremos a la Luna para recuperar los valores y arreglar todo el daño que ha creado Moll.

—¿Pero cómo vamos a lograrlo?
—preguntó Hilda con un poco de miedo.

—Eso me toca a mí aclararlo —dijo el pequeño verde—. Soy Gaia, el suspiro Tierra, y ustedes tres fueron los elegidos desde hace mucho tiempo, para realizar esta misión. Sus mismos nombres lo dicen. Amelia significa “protectora”; Hilda, “niña guerrera” y Ángel, “mensajero”. Cada uno tiene poderes en Fuareti que deben ser usados sin temor. Amelia, tú puedes curar las heridas con tan sólo tocarlas, además, posees el don de la palabra. A ti será a la única que escuche Moll, cuando llegue el momento.

El corazón de Amelia dio un vuelco. No podía imaginarse esa escena aterradora.

—Tú, Guerrera —continuó Gaia—, eres capaz de pelear magníficamente con tu espada.



No te preocupes ni por su peso, ni cómo usarla, eso lo sabrás cuando llegue la hora... Y tú, Ángel, Mensajero, con el libro que tienes en tu poder abrirás los portales y descubrirás los senderos que hay que seguir. Igualmente, despertarás a cualquier criatura, mientras necesites su ayuda. Amelia ha comprendido las instrucciones del libro dorado que he leído porque así tenía que ser, pero tú eres el único capaz de entender las lenguas habladas y escritas que aquí se usan. Yo no puedo acompañarlos, pero los estaré esperando a su regreso para librar la última batalla. Tengan cuidado en la Luna; recuerden que Lunerus los matará si los mira a los ojos. Y ahora ¡vayan y salven a Fuareti!

Los tres niños salieron de la casita de árbol por una angosta entrada redonda. Ante ellos yacía una tierra árida, más triste que la del cuadro del Cuarto de la Historia. A pesar de ser de noche, se veía bastante bien gracias a la luz de la enorme luna llena.

—Tomen esto y guárdenlas con cuidado —dijo Amelia a los otros, mientras les tendía las esferas plateadas que había sacado del baúl en casa de Gaia—.

Aquí capturaremos a los valores para traerlos de vuelta. El libro dorado dice que hay que abrirlas una a una cuando estemos delante de lo que queramos atrapar y decir las palabras del libro de Ángel.

El muchacho lo tomó de su bolsillo y lo abrió. Nada había escrito, todas las hojas estaban en blanco. De pronto, sin saber cómo, supo en su interior lo que debía hacer. Acercó sus labios a las páginas y susurró lentamente.

—El Mensajero de alas sublimes ordena que señales su querer. ¡Revélate y muéstrame!

Diminutas hojas verdes y marrones comenzaron a surgir, entretejiéndose, formaron signos desconocidos para las niñas, pero que Ángel podía entender sin esfuerzo.



—Alei not duom. Así los cazaremos, pero antes debemos llegar hasta allá. Pon a tu tortuga en el suelo, Amelia, para poder despertarla.

Jiaku fue colocada en el piso, mientras Ángel buscaba en su libro.

—Aquí está —dijo con tono casi solemne—, Jiaku Nushi, elegida hace dos años por los Reinos, despierta y cumple el mandato de Fuareti.

La tortuguita empezó a temblar y entre una nube densa de polvo creció y cobró vida. Amelia no podía concebir lo que veía. Ahora su peluche era más grande que el auto de su padre. Llena de alegría corrió ha-

cia su amiga y la abrazó. Jiaku la acarició con su enorme cabeza, emitiendo un suave sonido. A pesar de no poder hablar, en sus ojos se veía el gran cariño por la pequeña.

Los tres niños subieron al suave caparazón y se asieron tan fuerte como pudieron. El colibrí de Amelia volvió de nuevo a la vida y voló hasta el oído de Jiaku, donde permaneció un instante, antes de salir disparado hacia el cielo. Sin previo aviso, la tortuga lo siguió rápidamente, elevándose con destreza, ocasionando que Hilda por poco se cayera.



—¡Agárrense, agárrense! —gritó Amelia, sintiendo el fuerte viento despeinar su cabello castaño. Por su enfermedad nunca había podido subirse a la montaña rusa, pero pensó con firmeza que esto era peor. Pero, a pesar de estar asustada y agitada, notó que su corazón latía tranquilamente.

Al acostumbrarse a la sensación de vértigo, el viaje fue haciéndose divertido. Fuareti estaba muerto en toda su extensión. Ningún ser se veía en él, pero al subir mucho más que cualquier nube, todos se maravillaron ante tal vista. Millones de estrellas brillaban con intensidad como luciérnagas en verano. Algunas estrellas fugaces pasaban muy cerca de ellos a gran velocidad, dejando un camino centelleante detrás. La luna, cada vez más cerca, parecía hecha de diamante, a pesar que muchos dicen que es de queso.

El ave se desvió hacia la izquierda, dando círculos perfectos. Jiaku la siguió diestramente, inclinándose cada vez más, para entrar en picada a la órbita lunar. Los tres hermanos soltaron un grito de terror, nunca habían experimentado tal sensación, era como tirarse a un precipicio.



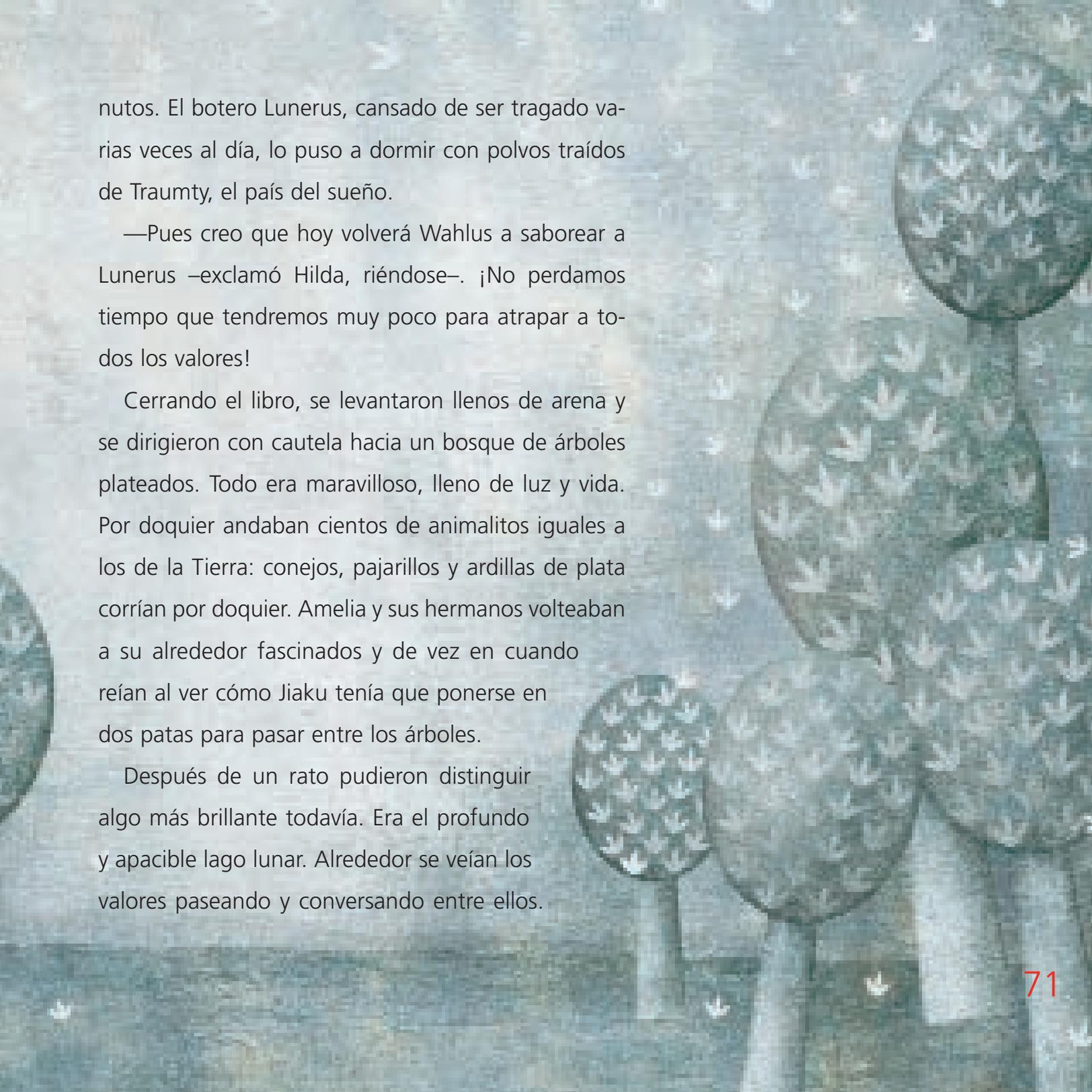
—¡A partir de hoy voy a admirar más a los voladores de Papantla! —repetía Hilda, casi sin aliento y con los ojos cerrados, mientras sus hermanos trataban de soltarla del caparazón para bajarla.

—Hemos llegado —susurró Amelia, cuando Hilda dejó de vomitar el desayuno—, lo más difícil será deshacernos de Lunerus. Siempre está vigilando desde su bote en el lago de cristal. ¿Creen que en él viva alguna cosa a la que pueda despertar Ángel?

Los tres se hincaron en la arena blanca y extendieron el libro verde. Ángel de nuevo recitó las palabras que revelarían su contenido. Otra vez dejaron verse las hermosas letras, ahora con un dibujo, en la página siguiente, de una criatura parecida a una ballena, abriendo una inmensa boca sin dientes.

—Éste es Wahlus, la ballena lunar —explicó Ángel con orgullo—, un ser pacífico, pero eternamente hambriento, ya que lo que come sale de él, sin ser digerido, por el orificio en su espalda, al cumplirse siete mi-



The background of the page is a soft, ethereal illustration. It depicts a landscape with several stylized trees that have rounded, textured canopies and thin, vertical trunks. The overall color palette is muted, consisting of light blues, greys, and soft whites, creating a misty or dreamlike atmosphere. The lighting is diffused, with a subtle glow in the center of the scene.

nutos. El botero Lunerus, cansado de ser tragado varias veces al día, lo puso a dormir con polvos traídos de Traumty, el país del sueño.

—Pues creo que hoy volverá Wahlus a saborear a Lunerus —exclamó Hilda, riéndose—. ¡No perdamos tiempo que tendremos muy poco para atrapar a todos los valores!

Cerrando el libro, se levantaron llenos de arena y se dirigieron con cautela hacia un bosque de árboles plateados. Todo era maravilloso, lleno de luz y vida. Por doquier andaban cientos de animalitos iguales a los de la Tierra: conejos, pajarillos y ardillas de plata corrían por doquier. Amelia y sus hermanos volteaban a su alrededor fascinados y de vez en cuando reían al ver cómo Jiaku tenía que ponerse en dos patas para pasar entre los árboles.

Después de un rato pudieron distinguir algo más brillante todavía. Era el profundo y apacible lago lunar. Alrededor se veían los valores paseando y conversando entre ellos.

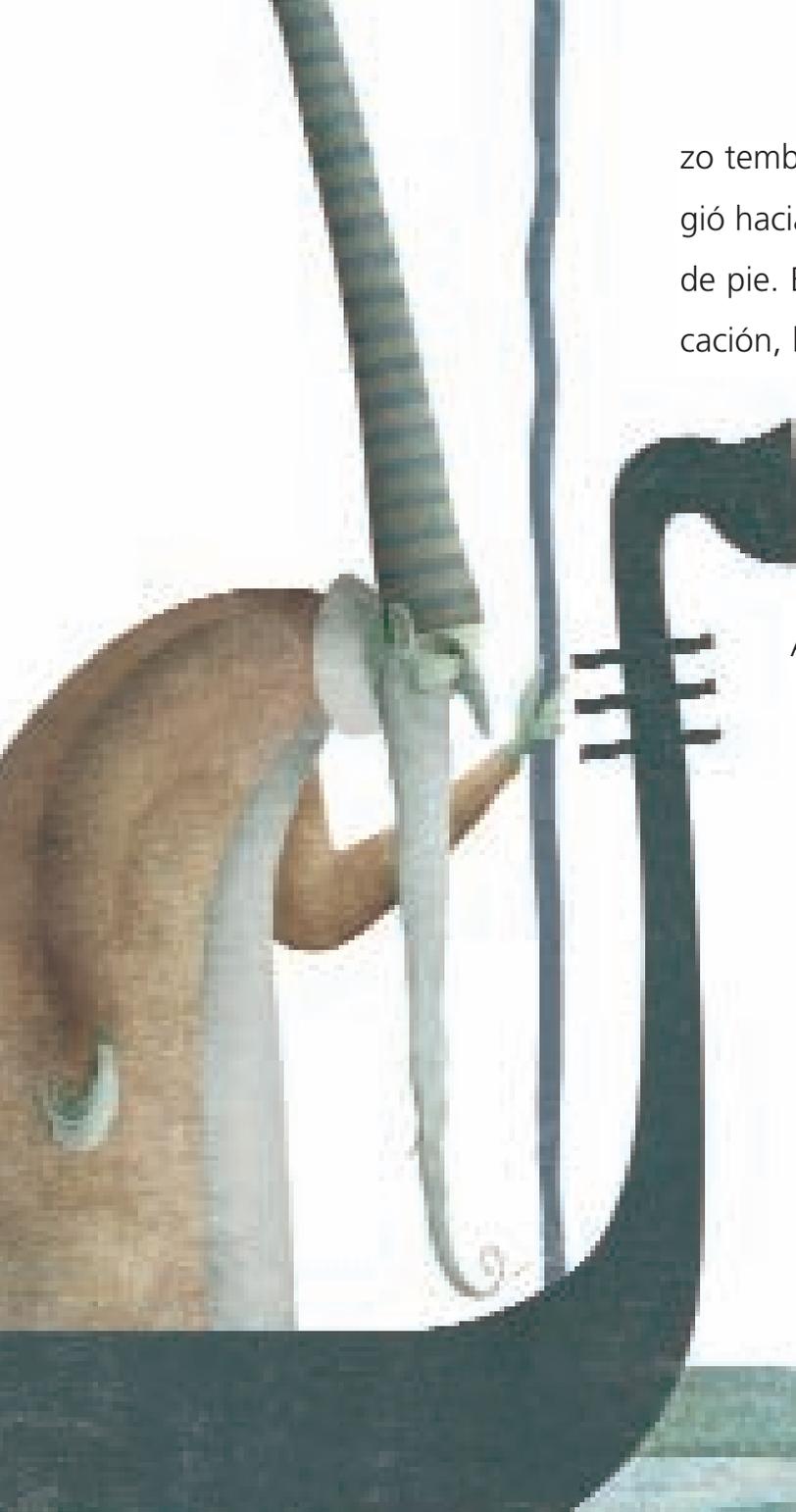


Niños corriendo, jóvenes jugueteando con mujeres, adultos serios y viejitos pensativos. Todos ellos representaban la seguridad y bienestar de Fuareti. Exactamente en medio del agua estaba Lunerus, un anciano de plata, al igual que todo, con largos cabellos y barbas blancas que llegaban hasta el suelo. Un sombrero de pálida paja descansaba sobre su cabeza y un bastón, no muy derecho, soportaba su cuerpo inclinado que reposaba con los ojos cerrados, sentado en un extremo de su bote.

Los niños se arrastraron con cautela hasta la orilla del lago y, escondiéndose detrás de un reluciente arbusto, sacaron el libro de Ángel, quien comenzó a leer.

—Wahlus, protector del lago, escucha mi mandato y levántate. Wahlus siem duor lunatis domerium locrum dae. ¡Aufvertis!

Un fuerte estrépito se dejó oír en el agua, que con miles de burbujas empezó a agitarse. Lunerus abrió sus ojos negros, pero no se movió. De improviso una gran ballena blanca surgió del agua con cara somnolienta. Con su mirada recorrió su entorno hasta que, de pronto, se topó con los ojos del botero, quien seguía quieto. La ballena soltó un gran rugido que hi-



zo temblar los alrededores y con rápido nado se dirigió hacia el bote en el cual el viejo intentaba ponerse de pie. En un instante se lo tragó con todo y embarcación, hundiéndose de nuevo, sin volver a salir.

—¡Hay que dividirnos antes de que regrese! —dijo Ángel a sus hermanas.

Todo mundo se levantó ágilmente y corrió en diferentes direcciones.

Amelia fue la primera en toparse con un valor. Era una igualdad en forma de anciano:

—¡Alei not duom! —gritó con energía, abriendo una de las esferas que traía en sus bolsillos.

El valor intentó huir, pero una energía salida de ésta lo envolvió, trayéndolo hasta su interior. En cuanto estuvo dentro, se cerró fuertemente y disminuyó de tamaño. Amelia se la guardó en la bolsa, pensando en lo increíble que era la aventura que estaba viviendo.



Para Hilda no fue tan fácil, ya que la honestidad que quería atrapar era tan o más rápida que una liebre. El niño de ojos verdes iba por todos lados, gritando lo bonita que era su cazadora, pero lo lento que corría.

—Está bien que tengas que ser honesto, pero no es para tanto —exclamaba Hilda desesperada, mientras lograba darle alcance—. ¡Ale! not duom! —en un instante, el valor era capturado.

Ángel tuvo mucha suerte al atrapar con una sola esfera a tres solididades que conversaban mientras arrullaban a sus bebés. No fue así con el respeto, que lo dejó atónito con su inigualable belleza.

Después de un rato, habían conseguido la mitad de los valores. Poco a poco les era más sencillo agarrarlos, a pesar de estar exhaustos. De pronto un remolino en el agua anunció la salida de Wahlus. Iba a sacar a Lunerus de sus entrañas. El sudoroso trío se apresuró a esconderse entre unos árboles cercanos.

La ballena emergió con un gran salto y, quedando en la superficie, dejó salir un fuerte chorro de agua, con el viejo y su bote en él, dando miles de vueltas en el aire. La embarcación cayó primero, y luego, en ella, Lunerus se desplomó como un costal. El anciano se incorporó con ayuda de su bastón. Tenía la mirada muy dura. Se notaba que estaba furioso. Fue remando lentamente hacia tierra firme.

Amelia y los otros tenían que pensar cómo salir bien librados, pero su angustia no duró mucho ya que, faltando poco para la orilla, Wahlus regresó al ataque y, sin ningún esfuerzo, se lo volvió a comer.

—Pobre Lunerus, empieza a darme lástima —dijo Amelia acercándose de nuevo al lago.

—No te preocupes —le contestó Ángel—, su sufrimiento durará unos minutos y te prometo que antes de irnos pondré a dormir a Wahlus.

A tres minutos de cumplirse el segundo plazo, todos los valores des-



cansaban en las esferas. Los niños se escondieron ahora más lejos y aguardaron a que la ballena expulsara al viejo con su bote, quien cayó de la misma manera que la anterior. En cuanto Lunerus reinició el trayecto hacia su seguridad con rostro desesperado, Ángel recitó las frases que tranquilizarían a Wahlus. Terminada su tarea, los tres hermanos fueron a gatas hasta el lugar donde habían dejado a Jiaku comiendo. Un largo y pesado trayecto los esperaba de regreso.

Lunerus, ya a salvo, se percató que los valores se habían ido, pero no hizo nada. Sólo se sentó en la orilla con tranquilidad. Al no ver a Wahlus otra vez, se embarcó con algo de miedo y se dirigió al centro del lago. Estaba un poco confundido, sin embargo, no quiso averiguar lo ocurrido, únicamente deseaba reposar allí y disfrutar su vida apacible. Realmente no era malvado, a pesar de tener la mirada peligrosa.

El viaje de regreso no fue tan pesado como se esperaba. Por lo menos Hilda pudo controlar sus mareos. Al llegar a casa de Gaia, éste salió a recibirlos contentísimo. Todavía había esperanzas de salvar la situación. Entraron a la choza y decidieron descansar hasta el día siguiente. Los tres hermanos durmieron como piedras en una cama lo suficientemente grande como para albergar a diez personas. Las sábanas frescas y suaves brindaron a los huéspedes la mejor de las noches.

Al amanecer disfrutaron de un succulento desayuno de moras silvestres, huevos de Kioros, leche bronca de Mutrix y pan recién horneado que Gaia había conseguido con los demás suspiros. Después de asearse y preparar todo, salieron, junto con el suspiro a buscar a Jiaku quien se deleitaba con un sabroso pescado de Morutz.

—El libro dorado ha dado sus últimas indicaciones —explicó el pequeño verde al grupo—. Nos reuniremos en el valle Fruktus con todos los supervivientes de los cuatro reinos. Partiremos al anochecer hacia el palacio de Moll. Ya no tenemos que preocuparnos demasiado por

los Crulls, pues tenemos las esferas y podremos regresarle a cada uno sus valores, transformándolos así en fuaretianos, y unirlos a nuestro ejército. Claro que —agregó con una risita pícaro— primero tienen que ser vencidos, pero de eso se encargará la Niña Guerrera —Amelia y su hermana compartieron una mirada de incredulidad.



El día pasó rápido. Lentamente se unían a ellos seres de todo tipo. Algunos parecían personas, otros animales. Había criaturas que semejaban ramas o flores y a otras simplemente no se les podía encontrar forma. Los Cuatro Suspiros también se juntaron y fueron presentados a los chicos con solemnidad. Al caer la noche, el peculiar equipo inició su camino.

Cuando pasaban por las faldas de una montaña, de pronto salió un Crull de una cueva, sorprendiendo a todos, y a galope, quiso arremeter contra Ángel. De improviso, entre ellos se interpuso Hilda con el ceño fruncido y mirada confiada. Blandiendo su espada le dio varios golpes rápidos y precisos al Crull hasta dejarlo en el suelo. En ese momento, Amelia sacaba una de



las esferas y la abría ante él. Un joven fornido salió de ella, seguido por una hermosa mujer quien le dio la mano. Ángel volvió a quedar boquiabierto ante su belleza. Los dos se dirigieron hasta la criatura e hincándose a su lado le dieron un beso en los labios, el cual se transformó en una densa nube que penetró por su boca. Como por arte de magia el feo Crull fue convertido en un pequeño y cómico fuaretiano, lo que agradeció con alegría.

De esta forma se fueron abriendo paso por sinuosos caminos, haciendo su ejército cada vez más grande. Hilda se volvió un ídolo para sus hermanos, quienes no dejaban de sorprenderse cada vez que la veían

pelear. Tres veces fue herida, pero Amelia, con los poderes curativos que le fueron brindados, acababa con el dolor.

Al séptimo día llegaron al palacio de Moll con todos los fuaretianos curados. Ahora él se encontraba totalmente solo y sabía que su magia no sería de gran ayuda. El grupo penetró en los jardines de árboles muertos. Hasta Jiaku iba entre ellos con orgullo. Al llegar a la torre más elevada, desde donde se decían los discursos, se detuvieron. Amelia, ahora con toda seguridad y fuerza, dio un paso al frente y comenzó a hablar con firmeza:



—¡Moll, muéstrate! Te habla Amelia, protectora de Fuareti. Tirano perverso, sabes que no tienes escapatoria. Haz hecho lo que tu voluntad dictaba y no ha funcionado. El pueblo es el que tiene que elegir quién será su líder y representante. Ya no los puedes obligar, pues los valores de cada ciudadano han regresado más fuertes que nunca. Ahora saben respetar y querer a sus semejantes y esto les dará lo necesario para juzgar qué desean y tomar buenas decisiones. Fuareti será, a partir de hoy, un mundo apacible y feliz, donde sus pobladores trabajen en equipo, bus-

cando siempre el bienestar, la abundancia y la paz. Estás consciente de que, por lo que hiciste, mereces la muerte; sin embargo, con tus actos nos enseñaste, sin quererlo, que esa solidaridad y respeto no deben ser sentidos sólo con nuestros amigos, sino también con los enemigos. Así que, podrás irte, prometiendo que nunca volverás a poner un pie sobre Fuareti, ni sobre otro mundo al que puedas dañar.





Todos escuchaban con atención a Amelia. Un silencio solemne rodeó a los presentes. De pronto, de la ventana, que hasta ese momento permaneció vacía, salió la figura delgada y alta, a la que tanto había temido Amelia. La niña vio cómo Moll, con ojos tristes, le hacía una reverencia con la cabeza, dibujando en sus labios la palabra gracias. Después, antes de que se dieran cuenta de lo ocurrido, desapareció.

Un grito de júbilo se dejó escuchar por cada rincón de Fuareti. Sus habitantes se abrazaban y besaban felices. Todos hablaban con emoción de lo ocurrido. Las puertas del palacio se abrieron y de él surgieron tres de los gobernantes de los Reinos. Varios fueron a recibirlos y ayudarlos. A pesar de estar débiles, sonreían a los niños con gratitud.

—¡Qué pena que el gobernante del Reino Tierra no pueda presenciar esto! —dijo Amelia a Gaia con tristeza—. Lástima que no se pudo salvar.

—¿Quién dice que no? —le contestó una voz conocida detrás de ella. Al darse vuelta no podía creerlo.

—¡Tío Enrique! —gritó con alegría, mientras corría a abrazarlo—. Pero, ¿cómo? ¿Tú eres...? ¡No entiendo!

—Me han salvado la vida, tú y ustedes también, pequeños diablillos —dijo al recibir a Hilda y a Ángel de golpe en su regazo—. Son maravillosos. Ahora entienden mis largas ausencias y mi enfermedad; ah sí, y la silla vacía en el Cuarto de la Historia. Ése fue un viaje a Monterrey. Pero eso ya no importa. Sólo hay que pensar en el hermoso futuro que le espera a Fuareti, y también —exclamó a carcajadas— en el regreso a casa, pues las vacaciones han terminado y sus padres no tardan en volver.

Amelia, Hilda y Ángel emprendieron el camino de vuelta con su tío, después de recibir todas las condecoraciones y premios que existían en Fuareti. No se entristecieron, ya que podrían regresar en cada oportunidad que se presentara. Amelia no se sentía segura de llevarse consigo a Jiaku, pero su tío le dijo que se entristecería mucho si la dejaba allí.

—Cada vez que vengas podrás despertarla —le dijo animándola.

Ellos regresaban al hogar de Gaia y los habitantes se ponían a trabajar en conjunto, para hacer de su tierra lo que había sido antaño. En la pequeña casa de árbol se despidieron de su nuevo amigo con besos y abrazos. Todos sabían que era sólo un hasta luego, y cruzaron el portal que nunca se había cerrado.

Al llegar a la habitación antigua, notaron algo diferente: las ventanas estaban abiertas y el sol entraba de lleno alegrando todo el cuarto. Cuando el tío Enrique hubo tocado el piso, la puerta a Fuareti se cerró y los cuadros tomaron su tamaño y forma originales.

—Estoy muy orgulloso, chicos –les dijo su tío con una sonrisa. Su cara estaba más jovial que nunca–. Lograron hacerlo gracias a sus mismos valores que los guiaron por el camino, haciéndolos tomar buenas decisiones. Todo va a cambiar para ustedes a partir de hoy. Especialmente para ti, Amelia. Te aseguro que no regresarás más al hospital.

Sus hermanos la rodearon con entusiasmo, palmeándola en la espalda.

—Ahora tenemos que prepararnos. Sus papás llegarán en cualquier momento. Tengo que idear la ra-

zón que les daré del porqué su ropa está intacta en las maletas. Me voy adelantando.

Salió a toda prisa, dando de vez en cuando saltitos de felicidad. Los tres niños se miraron sonrientes. Su relación no volvería a ser la misma. Se disponían a abandonar la habitación, cuando a Amelia se le ocurrió ver por última vez las pinturas.

—¡Miren! —gritó de pronto.

Los cuadros contaban la historia de Fuareti de la misma manera, sólo que ahora el último ya no estaba vacío. Un paisaje de una llanura vuelta a la vida se podía observar. Un sendero bordeado de flores que iniciaba en la parte inferior de la pintura y parecía alejarse conducía hasta una casita incrustada en un árbol que ya todos conocían. El cielo azul sostenía nubes de arco iris y un sol triunfante tocaba con sus rayos al fantástico grupo que, de espaldas al espectador, se dirigía a la choza. Un hombre alto y delgado le daba la mano a tres niñitos, al parecer, de estaturas y edades distintas. Una tortuga gigante sonreía, viendo a un colibrí que volaba alrededor de ellos, y un pequeño ser verde con cabellos de hojas caminaba al frente, mirándolos y señalándoles su hogar.



Por las escaleras, Los alebrijes, ¡Mira arriba..!Lo que buscas está en el cielo, terminó de imprimirse en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V., San Lorenzo 244, colonia Paraje San Juan, delegación Iztapalapa, C.P. 09830, México, D.F., en noviembre de 2007. La corrección de estilo la realizó Ana Segovia y el cuidado de la edición estuvo a cargo de Valentín Almaraz Moreno, subdirector de Diseño y Producción de Materiales. El tiraje fue de 6 mil ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Goudy y Frutiger.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal.